

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
El crítico honorario

Autor/es:
Nuño, Ana

Citar como:
Nuño, A. (1999). El crítico honorario. La madriguera. (23):56-57.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41815>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



EL CRÍTICO HONORARIO

Por Ana Nuño

Hay escritores de los que se puede decir que su biografía depara al lector más sorpresas y satisfacciones que su propia obra. Es el caso de Graham Greene. Algunos libros de su dilatada producción literaria no son para nada despreciables; ahí están *El poder y la Gloria* (*The Power and the Glory*, 1940), *El revés de la trama* (*The Heart of the Matter*, 1948) y *El americano impasible* (*The Quiet American*, 1956). Pero basta con mencionar estos ejemplos para comprender de inmediato por qué la obra de Greene, casi siempre grata de leer, no es de primer orden. Trátese de la religión católica en el México insurgente, del colonialismo inglés en África o del imperialismo americano en el sudeste asiático, Greene utiliza los acontecimientos históricos y los debates ideológicos del momento como el telón de fondo de un escenario. En primer plano pone siempre lo que verdaderamente le interesa, lo que le mueve a escribir: a un individuo que se debate entre sus convicciones, su fe o sus lealtades y la hostilidad de un medio en el que éstas no tienen cabida. En otras palabras, estas novelas escenifican el conflicto entre unos ideales y una realidad que parece animada de la perversa misión de frustrarlos permanentemente. Esta manera de abordar las tensiones entre los seres y el medio en el que evolucionan o entre sí pone todo el acento en la existencia del "mal".

Desde este punto de vista, las novelas de Greene son novelas de tesis; en el peor de los casos, adolecen de los principales defectos de este género: la simplificación y el didactismo. Podemos legítimamente sentirnos a años luz de su intención e ideología, pero también es cierto que hay, en las mejores, una dimensión que las redime del pecado de la prédica, y que bien podría llamarse "el toque Greene": dos pellizcos de ambigüedad, una pizca de ironía y unas gotas de cinismo; lo que un crítico sueco, a propósito de *Viajes con mi tía* (*Travels With My Aunt*, 1969), caracterizó como "una carcajada a la sombra del cadalso". Dicho de otra manera, a Greene lo salva de la tentación de subirse al púlpito la conciencia de que "el bien" es, a menudo, ciego, y que "el mal" puede, a veces, tener razón. La célebre escena del encuentro entre Harry (Orson Welles) y su "amigo americano" Holly (Joseph Cotten) subidos a la noria del Prater, en la película *El tercer hombre* (*The Third Man*, 1949, Carol Reed), cuyo guión Greene publicaría en forma de novela, permite saborear ese toque. El buen americano ya ha descubierto que su amigo de juventud es un mal americano: se ha hecho pasar por muerto para despistar a los suyos y poder así dedicarse sin ser molestado al lucrativo negocio de la venta de

fármacos adulterados en la Viena miserable de la posguerra. Por fin lo conmina a que se explique. ¿No te das cuenta, le reprocha Holly a Harry, de que lo que haces es criminal, que por tu culpa y la de gente como tú miles de niños mueren atrozmente en los hospitales de esta ciudad? A lo que Welles contesta con la siguiente parábola en forma de adivinanza: siglos de democracia y federalismo, ¿qué han producido en un país como Suiza? Respuesta: el chocolate y los relojes cucú. Un puñado de años de gobierno de los Médicis en Florencia, con su secuela de intrigas, asesinatos, estupro, robos, ¿qué produjo? Respuesta: el Renacimiento.

El toque Greene

Es imposible saber si el "toque Greene" fue el responsable de que el Vaticano inscribiera *El Poder y la Gloria* en las páginas del prestigioso *Index librorum prohibitorum*, pero para el católico converso que era el escritor británico, aquello no dejaría de ser una paradoja más de las muchas que aprendió a sobrellevar. En Greene convivieron, en efecto, los intereses y los actos más encontrados: los intentos de suicidio y las infidelidades conyugales; la afiliación al Partido Comunista, más por diversión que por convicción, y la declaración pública de apoyo a Kim Philby, a cuyas órdenes había trabajado durante la guerra en los servicios secretos del MI6; la admiración por el archi-conservador Evelyn Waugh y la frecuentación de Fidel Castro, Manuel Noriega y Omar Torrijos; la inalterable "britishness" y los viajes exóticos a Sierra Leona, México, Indochina, Kenia, Cuba, Haití.

Es imposible también, con un sujeto así, llegar a saber si a su temprano interés por el cine contribuyó su también temprana afición al periodismo (Greene fue subdirector del *Nottingham Journal* antes de ocupar el mismo cargo nada menos que en el *Times*, pero abandonó la comodidad financiera y el prestigio que conllevaba para consagrarse por entero a escribir). Lo cierto es que, en cuanto tuvo oportunidad, Greene empezó a escribir sobre cine. En sus años de estudiante en Oxford había publicado alguna que otra reseña –sobre *El estudiante de Praga*, por ejemplo– en la revista literaria *Oxford Outlook*, y después algún ensayo de más enjundia en el *Times*. Pero su "carrera" como crítico de cine comenzó realmente en 1935, en *The Spectator*, donde también colaboraba con reseñas de libros, y en *Night and Day*, que codirigió hasta su prematura desaparición en 1937. Por cierto, es muy posible que el cierre de esta revista se haya debido al escándalo y los problemas financieros que causaron la

demanda de la Twentieth-Century Fox tras la publicación en sus páginas de una reseña de Greene del film *Wee Willie Winkie*, donde el autor fustigaba a los productores de Hollywood por su descarada explotación comercial del cuerpo infantil de Shirley Temple.¹

Aficionado y con olfato

Además de publicar sus periódicas reseñas, Greene adquirió en esos años la costumbre de "reflexionar en voz alta", como decía, sobre el cine. En *The Spectator* y *Night and Day*, primero, y posteriormente en diversos medios, además de en cerca de 350 películas reseñadas, fruto de "cuatro años y medio de ir al cine varias veces a la semana", dio un amplio y diverso conjunto de ensayos sobre los más variados tópicos y asuntos, desde la semblanza de actores ("The Genius of Peter Lorre"), directores ("Charlie Chaplin: An Open Letter") y productores ("A Tribute to Korda") hasta reflexiones generales ("The Average Film") y cuestiones de índole más técnica ("A Film Technique: Rhythms of Space and Time"). Los textos más interesantes, los que han conservado su frescura y a la vez pueden informarnos acerca del "método" seguido por Greene en su faceta de crítico de cine, son algunas de sus reseñas y las observaciones sobre aquellas de sus obras que fueron adaptadas al cine, observaciones que el propio Greene recogería en *Ways of Escape*.

Dos observaciones se imponen ante esta masa de textos. En primer lugar, Greene no dejó nunca de ser lo que se llama un "aficionado"; es decir, su acercamiento al cine, tal como se



plasma sobre todo en las reseñas de películas, no refleja una toma de posición clara acerca de qué es o debe ser el cine. En este terreno como en otros, pensaba y escribía como inglés que era: no se le pasaba por la cabeza que se pudiera "teorizar" sobre este asunto, y aun en sus ensayos más reflexivos prefiere la anécdota reveladora o el detalle explicativo a la declaración de principios. Contribuyó posiblemente a reforzar esta inclinación su conocimiento de primera mano del cine: Greene empezó casi simultáneamente a escribir profesionalmente sobre cine y a trabajar como guionista. Por otro lado, tampoco puede deducirse de sus escritos una teoría o concepción general del cine. Su método es demasiado parcelario, y sus dictámenes, cuando se atrevía a formularlos, podían en ocasiones contradecirse. Así, por ejemplo, su valoración de Greta Garbo, a quien llega a comparar con una "bella yegua árabe". En su reseña de *Anna Karenina* (1935, Clarence Brown), fustiga a la actriz sueca por su inexpresividad y torpeza, y deduce de esta prestación un divorcio definitivo de su juego dramático y las exigencias del medio cinematográfico. Cuatro años después, en cambio, hace una pirueta para salvar la prestación de Garbo en *Ninotchka* (1939, Ernst Lubitsch)—el mérito no sería de la actriz, sino del director—sin tener que contradecirse. En esto de la mala fe, pues, nada distinguía a Greene de la mayoría de críticos de cine.

La segunda observación es que Greene tenía buen olfato. Como puede verse en la pequeña antología de reseñas que reproducimos aquí, su juicio crítico es certero, con independencia de los criterios de valoración que aduzca. Así, sus comentarios a *El joven Lincoln* (*The Young Lincoln*, 1939, John Ford) rinden justicia sobre todo a la magistral dirección de Ford, y las reservas que formula acerca de *La posada Jamaica* (*Jamaica Inn*, 1939, Alfred Hitchcock), discutibles para quien tenga en mente al Hitchcock de Truffaut, revelan una atinadísima concepción de la estructura narrativa y el guión.

El Greene crítico de cine no es, en suma, mejor ni peor guía que otros escritores o no especialistas. Pero además de unas cualidades y un tono que le son propios—claridad, ironía, amabilidad—, lo que aporta a este género, tan a menudo ingrato y siempre ancilar, es un sentido común matizado por su conocimiento de la escritura cinematográfica. Es, además, uno de los pocos escritores que ha permitido que su afición al cine contamine fértilmente su propia obra. Ahí están, por poner sólo dos ejemplos, los cuentos "La película azul" y "Una salita cerca de la calle Edgware". Pero adentrarnos en esta faceta de su obra nos llevaría por otros derroteros ♦

Nota:

1. La amenaza de la productora de Hollywood de demandar a quienes publicasen de nuevo esta reseña seguía vigente en 1972, como lo explica el mismo Greene en su prólogo a *The Pleasure Dome: The Collected Film Criticism, 1935-1940*, Oxford University Press.